

El robo de Sijena por los hijos de la Gran Cataluña

Ricart García Moya

El rimbombante término de Gran Cataluña fue acuñado por el nacionalismo catalán de L'Avenç por el año 1900, y siguió en uso hasta su sustitución por el de Países Catalanes, simples trucos semánticos del neurótico fascismo expansionista catalán. Respecto a lo de Sijena, parte de este artículo lo publiqué hace años (en 1991 y 2013), pero como nadie reclama contundentemente lo usurpado en 1936 por los ávidos catalanes, insisto en el tema. Es algo sentimental, Aragón fue territorio hermano de mi Reino de Valencia, y tenemos que defendernos contra el insaciable expansionismo catalán.

Sigo estos días el conflicto sobre las obras de arte de Sijena que retiene Cataluña, pero me sorprende que los aragoneses no exijan lo robado a punta de pistola en 1936, en un tiempo en que los catalanes, fanatizados con el proyecto de una aria Gran Cataluña o Imperi Català, se creían con derecho y autoridad sobre la antigua Corona de Aragón; pero ¿existió alguna vez ese Imperi? Basta leer crónicas medievales, incluidas las del catalán Carbonell, para constatar que las huestes que conquistaron el Mediterráneo desconocían que eran 'imperiales catalanas'. Su grito de asalto, el que salía del corazón ante las murallas enemigas, jamás fue '¡Catalunya, Catalunya!'. Los cronistas, todos, recuerdan que las tropas lanzaban el atronador grito de ¡Aragón, Aragón! en las batallas ¿Dónde se alojaba ese poderoso sentimiento de pertenecer a la grande y libre Catalunya? Todo pura ficción. Hasta la impresionante ceremonia de Coronación del soberano se celebraba siempre en Zaragoza; y el lugar preferido por los reyes de Aragón y Valencia para las Cortes Generales de la Corona de Aragón no era Barcelona, sino el aragonés



Los tópicos catalanes respecto a España les permite ir siempre de víctimas, mientras obtienen beneficios de todo tipo. La portada de la Esquella de la Torratxa del 20 de diciembre de 1918, un mes después de acabada la Gran Guerra, cuando la economía de Cataluña se había beneficiado del conflicto europeo y, en consecuencia, el nacionalismo esgrimió la doctrina victimista de siempre. El 14 de diciembre llegaban a Barcelona, con aplausos y honores máximos, los senadores y diputados que habían abandonado las Cortes de España en Madrid. Esa misma semana, la Esquella mostraba a un agresivo catalán enarbolando garrote con la inscripción "Autonomía"- Al pie del dibujo, la frase: —Aprofiteu-vos, que se us acaba!". Los españoles, considerados cerdos, eran parásitos alimentados por Cataluña. Con estas convicciones, no parece extraño que los catalanes robaran a Aragón, en 1936, los tesoros de Sijena. Ellos, el pueblo catalán ario y culto, había mantenido a los cerdos desde el origen de los tiempos.

Monzón ¿Y qué lugar ocupaban los ‘imperiales’ catalanes en las Cortes Generales de la Corona de Aragón? Siempre relegados en escaños a la izquierda del rey, mientras que aragoneses y valencianos se situaban a su privilegiada derecha. Era un protocolo humillante, que tuvieron que sufrir y aguantar mientras existió la Corona de Aragón. Los colaboracionistas valencianos, tan patéticos como el insulso Germà Colón, lamentaban la realidad histórica de la titulación del territorio:

“el rey Jaime I tiene la poca prudencia de convertir estos territorios en reinos, sin pensar en hacer lo mismo con el Condado de Barcelona» (Colón. G.: Lenguas, reinos y dialectos, 2008, p.65)

Hace falta ser indocumentado —como adjetivaba Corominas a Germà Colón—, para desconocer que Jaime I no tuvo “la poca prudencia de convertir” nada, pues se encontró consolidado un Reino de Valencia que, aunque musulmán, gozaba de ‘Costums’, pesas, medidas y leyes propias; en gran parte heredadas de la cultura valenciana romano-visigótica, transmitida por mozárabes (que no necesariamente eran cristianos, aunque si descendientes de ellos).

El aragonés Panteón Real de Sijena... ¿del Imperio Catalán?

En los Monegros, rodeado de un paisaje insólito, se encuentra lo que queda del medieval Archivo y Panteón Real de la Corona de Aragón, en el monasterio de Sijena. Entre los viejos sillares reposaron durante siglos los restos de aquel formidable guerrero que fue el aragonés Pedro II el Católico. De gran estatura y fortaleza física, su figura destacaba en los enfrentamientos, fuera en tierras de Jaén (Batalla de las Navas de Tolosa, a. 1212) o en Francia, en la fatídica Batalla de Muret donde murió luchando el 13 de septiembre de 1213. El cadáver de Pedro II fue enterrado en el **Panteón Real de Sijena**, donde le acompañarían la reina Sancha y las hermanas del monarca, la infanta Dulce y la condesa Leonor de Tolosa, el infante Ramón Berenguer, la princesa Blanca de Aragón, la hija Hermenegilda de Jaime I, etc.

Según la historiografía catalana actual, los protagonistas de estas efemérides eran catalanes o súbditos del supuesto Imperio Catalán; incluso el idioma provenzal en que se cantaron las hazañas de Pedro II, en realidad estarían escritas en catalán, según la maleable semántica expansionista que ‘normalitza’ anacrónicamente. En vida de los dos primeros reyes de la Corona de Aragón, el provenzal era la lengua culta, capaz de expresar literariamente cualquier sentimiento. Ya a Eudoxia Comnena, la abuela griega de Jaime I, los sarcásticos trovadores del siglo XII le dedicaban satíricos serventesios. Eran tiempos heroicos en que los pueblos defendían fronteras a fuerza de sangre. El rey Pedro II tuvo sus cantores de gesta en la lengua vehicular y literaria de Occitania. El navarro Guilhem de Tudela, por ejemplo, recordó en poema épico al rey Pedro II en la batalla de las Navas:

“Lo reis d’**Aragó** i fo, e lo reis de Castela,
tuit essems i feriro de lor trancant lamela,
qu eu ne cug encar far bona cansó nouela...”

Otra vez el misterio. El trovador sólo cita al rey de Aragón y al de Castilla, nada del reino o imperio de Cataluña. El mismo autor compuso una de las referencias poéticas más valiosas de la guerra albigense, la ‘Cansó de la Crozada’, recordando al rey Pedro II de Aragón y Nada 0 de Cataluña:

“lo reis Peyr d’**Aragó** felos s’en es tornatz,
e pesa l’en son cor car no’ls a deliurats,
en **Aragón** s’en torna, corrosos e iratz.”
(Bib.Nac. de París, ms. 25425)

Compuesta hacia el 1213, era coetánea de las escuálidas *Homilies d'Organyà*, texto en provenzal periférico que los nacionalistas catalanes han elevado a obra literaria exquisita. Aquí tenemos una muestra de las *Homilies*:

“caded prob de la via e fo calzigad, e'ls ocells del ciel mengaren aquela sement: qtiesi seminador dix nostre Seignor...”

La avidez nacionalista es notoria en el río revuelto de los caóticos romances de los siglos XI al XIII, más o menos comprensibles entre sí. Por ejemplo, el poema provenzal de Santa Fe de Agen, del siglo XI, si por una casualidad hubiera aparecido este manuscrito de Guilhem de Tudela como anónimo en un monasterio de Barcelona, tenemos la certeza de que “todas las universidades del mundo”, como dicen ellos, afirmarían que el poema ofrecía una variedad de catalán del 1213 y, para dar rigor, añadirían “con influencias provenzales”. En este caso no pudieron apropiárselo, al declarar el trovador navarro su lugar de nacimiento:

“la cansos que maestre Guilhelms fit,
us clerics qui fo en Navarra, a Tudela noirit;
Pois vint a montalva, si cum l'estoria dit”

Respecto a la catalanidad de Pedro II, padre de Jaime el Conquistador, es curioso que en la batalla de Muret estuviera protegido por Rodrigo de Lizana y otros **seis caballeros aragoneses**, no catalanes. Todos cayeron defendiendo a su joven rey, muerto a los 35 años. La famosa Crónica Pinatense o de Pedro IV de Aragón, redactada siglo y medio después por el secretario regio Tomás de Canellas, recordaba que en Muret murieron muchos aragoneses y ningún catalán:

“et murieron con el muitos varones de **Aragon**... mas ninguno de Cataluña... et murio el dito Rey... et fue soterrado en el monesterio de **Sijena**”

Lo que pocos conocen es que la guardia de honor de aquellos fieles aragoneses de Pedro II se perpetuaría en el Panteón Real de Sijena, destrozado por los *normalitzadors* catalanes de 1936. La infanta, su hermana, ordenó que la tumba del valeroso Rodrigo de Lizana se construyera bajo arcosolio a la derecha de la entrada del Panteón Real. Los otros seis caballeros ocuparían seis tumbas en la fachada del mausoleo. De este modo, la singular y fúnebre guardia caballeresca se eternizaría en homenaje a su heroísmo.

Jaime I, ¿rey o emperador catalán?

Otro enigma del pancatalanismo. El hijo de Pedro II fue Jaime el Conquistador, es considerado el más catalán de los monarcas por los expansionistas hijos de la Gran Cataluña; pero, ¿saben dónde custodiaba sus documentos más valiosos? No en Barcelona, sino en el **Archivo y Panteón Real de Sijena**. Allí ordenó trasladar, por ejemplo, los singulares tratados entre los reyes de Aragón y Castilla, el pactado entre el propio Jaime I con el soberano valenciano Zeit Abuzeit, los de los reinos de Aragón y Navarra, etc.

Nacido en la occitana Montpellier (hijo del aragonés de Huesca Pedro II y de la griega-occitana María de Montpellier) fue educado por templarios en el castillo **aragonés** de Monzón y, por supuesto, Jaime I nunca se enteró de que era catalán, como ahora dicen, ni que era emperador de Cataluña. En consecuencia, no permitió que acuñaran moneda con el ignoto topónimo Cataluña, ni escogió otro lugar que **Zaragoza** para su solemne coronación como Rey de la Corona de Aragón. **Tampoco conoció Jaime I la existencia de un idioma catalán**. Posiblemente, para este rey, todos

los difuminados romances de su Corona que no fueran el culto provenzal de Montpellier le parecerían rudimentarios, como así eran; pero los respetaba, como hizo con el “romanç” valenciano en que ordenó redactar los Furs del Reino de Valencia en 1261.

Los hijos de la Gran Cataluña saquean Sijena

La nomenclatura del pancatalanismo inventó un término nuevo hacia el 1900: la Gran Cataluña, picardía semántica que permitiría denominar catalán al territorio de los Alpes a Murcia; en consecuencia, lo que pillaran en ese neoimperio lo podrían requisar (si se dejaban) y trasladarlo al ario Principado. Si los alemanes e ingleses se llevaron a Londres y Berlín todo el arte griego y egipcio que pudieron, ¿por qué no iba a seguir la imperial Cataluña el provechoso ejemplo?

En julio de 1936, Sijena era una balsa de aceite. La serenidad y respeto al pasado, el cuidado de los tesoros artísticos y sepulturas reales a cargo de las pacíficas monjas de la Orden de Malta, la soledad y la armonía del canto gregoriano creaban el plácido ambiente del venerable lugar, Panteón Real donde reposaba el rey guerrero Pedro II y sus siete caballeros aragoneses.



Los catalanes robaron todo lo que pudieron y destrozaron el resto: tumbas reales abiertas y saqueadas, el venerable y autentico Archivo de la Corona de Aragón destruido, con la medieval documentación usada como combustible.

La belleza de los murales de estilo sículo-normando de la Sala Capitular, únicos en España, recordaba que las infantas reales usaron las lujosas estancias como Corte palaciega, con su Archivo Real, Salón del Trono, Panteón Real, Biblioteca, Iglesia, etc.; todo enriquecido con valiosas pinturas, retablos tallados por los mejores cinceles, joyas con reliquias llegadas de Tierra Santa, tallas románicas y góticas, esculturas de marmol y alabastro, etc. El conjunto fue declarado

Monumento Nacional en 1923, por lo que nada podía ser alterado o trasladado.

Tenemos imágenes de cómo eran los bellísimos interiores hasta 1936, cuando apareció en Sijena **una columna de hijos de la Gran Cataluña**, mandados por humanistas como el comandante Enric Sacanell y un tal Estivill, salidos de Barcelona el 25 de julio. Los cultos milicianos decidieron dejar su impronta progresista saqueando concienzudamente aquel foco de corrupción monárquica y religiosa. Para dar alegría a los vetustos Archivo y Panteón Real, los incendiaron el 3 de agosto de 1936; gran espectáculo que se observó a kilómetros de distancia. Quizá pensaron que aquel antro de Pedro II merecía depurarse ardiendo, por haberse enterrado este monarca fuera de Cataluña y, además, no conservar sus documentos importantes en el archivo barcelonés de los Bofarull.

La juega de esta raza superior tuvo su punto álgido con la actuación estelar de cuatro simpáticos anarquistas llegados de Barcelona, que mostraron su puntería disparando a Antonio Montull, capellán del Panteón Real. Como el peligroso enemigo aún se movía, fue rematado artísticamente, prendiéndole fuego con gasolina. Todo realizado con cordura, tolerancia y ‘seny’.

Luchadores por el progresismo, los hijos de la Gran Cataluña aplicaban el mismo tratamiento al ser humano que a un manuscrito provenzal. Las llamas purificaron, además del cura retrógrado que no quería morir, a la fascista Biblioteca y el no menos repugnante Archivo Real, infectado de

vetustos pergaminos, legajos, incunables, Libros de Horas miniados de la extrema derecha del 1400, etc. También destruyeron con valentía y arrojo el Salón del Trono, la Sala Capitular, Claustro, cuadros, tallas, retablos, etc. Creo que la subvencionada Memoria Histórica suele olvidarse estos detalles del bando progresista republicano.

Trabajadores infatigables, mientras algunos decapitaban con certeros culatazos las esculturas de madera policromada, mármol y alabastro; otros camaradas preparaban lumbre usando como leña cualquier cosa; por ejemplo, la valiosísima talla románica de la Virgen del Coro. Nada del sagrado recinto quedó sin que dejaran su huella los siervos de Tánatos. Los sarcófagos reales fueron abiertos y saqueados, los huesos de Pedro II y sus siete caballeros, respetados por las tropas de Simón de Monfort en 1213, fueron esparcidos por todo el recinto.

Según cuentan Valentina Orte y Miguel Angel Pascual Ariste, en setiembre llegaron más fuerzas progresistas de Gerona, que ayudaron en la sistemática destrucción del enemigo. En las paredes, decoradas con frescos medievales, se clavaron argollas para sujetar caballos que, no obstante, trotaban a placer por el recinto. Siempre con el loable deseo de investigar, los catalanes abrieron los sarcófagos del Panteón Real, arrastraron los esqueletos de reyes, infantas, caballeros y religiosas. Los pusieron contra los muros y, con la educación y nobleza que caracteriza al pueblo catalán, fusilaron una y otra vez a las peligrosas momias. Y milagrosamente desaparecieron joyas, relicarios de oro y plata, exvotos, obras de arte, etc. Al final, los huesos y restos de Pedro II y sus siete caballeros, las hijas de Jaime I y Jaime II, el infante Ramón Berenguer y demás personajes se desparramaron por dentro y fuera del monasterio, sirviendo de juego a los perros.

También destrozaron la tumba de la soberana Sancha, la que fue ‘regina Aragonie, comitissa Barcinone’, mujer singularmente bella y culta, cantada por su aspecto físico. Fue la primera reina de la Corona de Aragón en usar sello regio, con su imagen de amazona en el mismo. Los republicanos catalanes, mostrando europeo sentido del humor, danzaron con el cadáver de la reina Sancha, a la que colocaron cigarros entre sus dientes. Al final, los huesos de la reina se confundieron con los excrementos que allí mismo producían generosamente los hijos de la Gran Cataluña.

Medio siglo antes, en 1883, se había realizado un estudio del Panteón Real y los sarcófagos reales, con todo el respeto que merecía el lugar y los personajes. De la reina Sancha se constató que sus restos estaban momificados, en perfecto estado de conservación, era alta, de frente espaciosa, ojos grandes, nariz aguileña y abundante cabellera de un color rubio casi rojo. Así se conservó hasta 1936.

Actualmente, los hijos de la Gran Cataluña intentan hacer creer que Sijena ya no era nada en el siglo XVII: “ya no era ni archivo real, ni corte” (Wikipedia). Con odio y desprecio, pretenden dar una imagen de que era un recinto desolado, con interiores vacíos, decorados con telarañas y habitados por ratas. Pues no, los tesoros artísticos, legajos, pergaminos, esculturas y frescos, además de los enterramientos regios, mantenían su categoría de venerable Archivo y Panteón Real de la Corona. Basta observar las acuarelas que Vicente Carderera pintó hacia el 1880 para comprobar la magnificencia y boato de la Sala Capitular con sus murales del 1200, auténtico salón de recepción de la realeza de la Corona de Aragón.

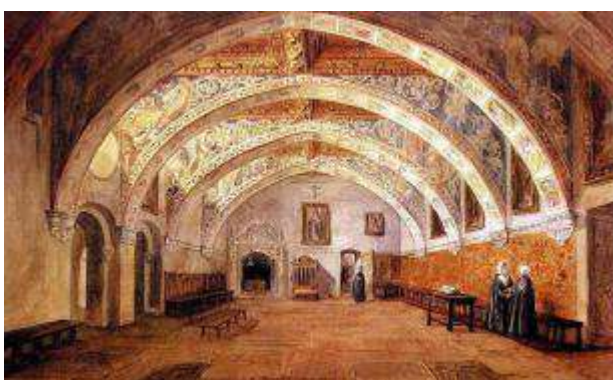
Los ladrones catalanes de Sijena, héroes en Barcelona

Por lo visto, tras el incendio, el destrozado monasterio conservaba parte de los valiosos murales sículo-normandos de la Sala Capitular, noticia que algún miliciano comunicó a la capital de

Imperio Catalán de chicha y nabo. Velozmente, una cuadrilla de hijos de la Gran Cataluña llegó a Sijena, con el descuidado colaborador del IEC y arquitecto Josep Gudiol al frente. Actualmente es considerado mártir del franquismo y arcángel protector del patrimonio artístico. En la hagiográfica Viquipèdia catalana glorifican así a Josep Gudiol, saqueador de Aragón:

“durant la guerra tingué una activíssima tasca de salvament i recuperació del patrimoni artístic amenaçat, tasca que li va valdre, ja amb el franquisme, la retirada de seu títol d'arquitecte i l'exili a França i als Estats Units, on exercí de professor a universitats i museus” (Viquipèdia: Josep Gudiol)

La Guerra Civil acabó en 1939 y, según dan a entender, el pobre Gudiol anduvo exiliado años, años y años... No sé, algo no concuerda, pues este hijo de la Gran Cataluña era rey del mambo en la Barcelona franquista del 1941, donde fundaba revistas y el Institut Amatller. No lo entiendo.



A la izquierda, la Sala Capitular de Sijena con los valiosísimos murales del 1200; a la derecha, los mismos murales en Barcelona, tras ser robados en 1936. Actualmente, los facinerosos catalanes intentan despreciar e infravalorar lo que fue este recinto áulico-sagrado antes del saqueo de 1936; pero esas pinturas murales sículo-normandos de la Sala Capitular, únicas en España, desmienten el bulo. Los *nois*, tras quemar al cura y asustar a las monjas, llamaron a ladrones expertos para que las arrancaran de la Sala Capitular y las trasladaran a Barcelona. Hoy figuran en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, auténtica cueva de Alí Babá... y esta gentuza no devuelva nada, nada, nada.

Volviendo a Sijena, ¿qué misión encargó la Generalitat de Lluís Companys a Josep Gudiol?. Arramblar todo lo que pudiera del destrozado Archivo y Panteón Real. El selecto mangante observó qué podía afanar impunemente y, además de cuadros y esculturas, mandó arrancar los murales del techo que se habían salvado del incendio de la Sala Capitular. El conjunto era Monumento Nacional desde 1923, pero consideraron que eran bienes culturales del Imperio Catalán, por lo que tenían que estar guardaditos en Barcelona, lo mismo que la documentación valenciana del falso Archivo de la Corona de Aragón. De allí nadie los sacaría jamás, ni sus auténticos dueños.

Actualmente, lo robado en 1936 está expuesto sin pudor en una sala del Museu Nacional d'Art de Catalunya en Barcelona. Es un valioso botín de guerra ganado por los catalanes en feroz batalla contra las belicosas monjas de la Orden de Malta, que huyeron antes de que llegaran los progresistas, cuyos hijos y nietos han exigido y logrado la documentación de la Guerra Civil conservada en Salamanca ¿Será recíproco este gesto? ¿Devolverán lo robado a Aragón y Valencia? Jamás. El robar es su idiosincrasia como pueblo. Sin ninguna vergüenza, ahora alegan que los catalanes se llevaron los valiosos murales de Sijena a Cataluña, en 1936, para su protección:

“la sala capitular, de la que se extrajeron sus pinturas en 1936 **para su protección** durante la Guerra Civil tras ser incendiado el monasterio” (Wikipedia)

¡Qué cabronazos son! El único peligro para el Archivo y Panteón Real de Sijena eran los hijos de la Gran Cataluña que asaltaron Sijena en 1936. Durante siglos, el pueblo aragonés había respetado el histórico conjunto. La auténtica amenaza no eran las moscas, los baturros y el trigo que secularmente enmarcaron Sijena, sino las hordas catalanas que incendiaron el lugar y, lo restante, lo arrancaron para robarlo al pueblo aragonés y a toda su Corona. En las novelas y películas que de estos ultrajes realiza la progresía parásita de Ana Belén y compañía, siempre ocultan, disimulan, manipulan y mitigan los desmanes de los republicanos del PESUC y ERC. También en Internet actúa esta mafia censora:

“El 1936, al principi de la Guerra Civil, fou saquejat i incendiat pels anarquistes de Durruti” (Viquipèdia catalana).

Sutilmente huyen de citar el gentilicio ‘catalán’, que tanto les gusta, por lo que Durruti pudo mandar una columna de aceituneros altivos o gallegos con sus gaitas en Sijena. Precisamente fue Durruti quien, al llegar a Sijena y comprobar el desastre cometido por el ‘seny’ catalán, advirtió a los responsables:

“Cerrad este recinto y poned una guardia porque una fotografía de esto nos hará más mal que todos los cañones de los fascistas juntos”

Durruti siguió con sus **Milicias Catalanas** —**las que habían saqueado Sijena**—, hasta el frente madrileño, donde fue herido de muerte. El 20 de noviembre de 1936 falleció en el Gran Hotel Ritz de Madrid donde los catalanes (que pueden ser ladrones, pero no tontos), habían instalado el Hospital de Sangre de las Milicias Catalanas. Embalsamado el cadáver, fue llevado y enterrado por sus camaradas catalanes en Barcelona.

Esgrimiendo medias verdades, como hacía Bofarull, dan a entender que la destrucción de Sijena no fue obra de las Milicias Catalanas, sino de unas indeterminadas tropas mesetarias o sureñas al mando de Durruti, y que los civilizados catalanes se preocuparon de que el venerable Archivo y Panteón Real de Sijena no sufrieran desperfectos. ¡Qué miserables y ladrones son!.

Los catalanes saben que pueden robar impunemente. Nuestros cobardes políticos, corruptos, hipócritas y amorales, sólo tienen una prioridad: acumular millones en su cuenta corriente, mientras engañan a valencianos y aragoneses. El blandengue y titubeante gobierno de Aragón ha solicitado a Cataluña, con tibieza colaboracionista, la devolución de los grandes murales de Sijena, por no hablar de las obras de arte que no ardieron y otras que se encuentran en el ‘Museu Diocesà de Lleida’, bajo las sotanas de terroríficos místicos sardanetas.



Hijos de la Gran Cataluña robando —en 1936 y bajo el mando de Josep Gudiol—, las pinturas murales del Panteón Real de la Corona de Aragón en Sijena. Hoy están en Barcelona.

Cuando la gran troupe de los Pujol¹, el reversible Durán i Lleida y el robotizado Mas se encuentran deprimidos, ¿qué hacen?, ¿esnifan cocaína?, ¿bailan La Santa Espina? No. Tienen algo más contundente. Leen las reclamaciones aragonesas para troncharse de risa. Y digo aragonesas, porque las valencianas, respecto a nuestros documentos secuestrados en el falso Archivo de la Corona de Aragón, no se materializarán nunca. Al contrario, si pudiera nuestra caribeña Generalidad entregaría hasta el Santo Cáliz de la Catedral y, de propina, el Archivo del Reino de Valencia. Por cierto, la erudita periodista Carmen Velasco comentaba aliviada en su insustancial diario:

“Barcelona custodia la historia valenciana, miles de documentos, algunos del siglo XIII, están depositados en el Palacio del Lloctinent en Cataluña” (Las Provincias, 13 /04/ 2013)

Hace falta ser pitiminí indocumentada. En ese Palacio del Virrey en Barcelona, como rezaba la inscripción de la fachada construida en 1547, no queda nada. Desde 1993, el falso Archivo de la Corona de Aragón tiene nuevo edificio, donde están secuestrados, no “depositados”, los documentos valencianos; pues los catalanes jamás cumplieron los mandatos reales de Alfonso el Magnánimo, Carlos I y Felipe II para que fueran devueltos al Archivo del Reino de Valencia ¿Ven ustedes qué ganado se cría en el desvertebrado Reino de Valencia? Corderitos y ovejitas, débiles rivales para los muy honorables hijos de la Gran Cataluña. Es evidente que si aragoneses, valencianos y mallorquines no nos unimos, el fascismo expansionista catalán nos devorará a todos.

1 La mayor parte de este artículo se publicó en El Palleter en 2013. No he alterado el nombre de los políticos, pues creo que los actuales son exactamente igual o peor de corruptos colaboracionistas y cobardes.